

Migración latinoamericana. Identidades, problemas, desafíos

Por Rossana Reguillo

Profesora-investigadora en el Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente), Universidad Jesuítica de Guadalajara, México.

Despejar las incógnitas que supone la aceleración de las migraciones de los “sures” a los “nortes” y, más aún, prever lo que implica en términos de políticas culturales su impacto, sus configuraciones diversas y desafíos, no es tarea sencilla. En primer lugar, porque como intento marcar en la primera frase, no estamos hablando de un mismo tipo de migración, ni de un sur “homogéneo”, y mucho menos de un norte (Estados Unidos o Europa) como destino semejante.

En el invierno de 2004, durante mi estancia como catedrática UNESCO en la Universidad Autónoma de Barcelona, tuve oportunidad de mirar otro rostro de las migraciones latinoamericanas: en su mayoría, ecuatorianos y peruanos que habían logrado apropiarse de una pequeña porción del barrio de Sants, pero cuyas vidas precarias -por utilizar un concepto de Zygmunt Bauman (2005)- reflejaban el drama permanente de la migración “pobre”: la ausencia de capital social y la persecución criminalizadora por parte de un importante sector de la sociedad de “acogida”. Fueron entonces los “latin kings”, esas bandas, climas y pandillas de jóvenes ecuatorianos -que de Guayaquil a Chicago, y de Guayaquil a Madrid y Barcelona, reinventan los signos de su identidad y arman, en complejas ceremonias de bautizo y nominación, el nuevo territorio- los que llamaron mi atención.

Como una estrategia de continuidad con Ecuador, los “reyes latinos” de Barcelona denominaron a su colectivo juvenil como “nación”, es decir, en vez de autollamarse bandas, klikas o colectivos, los “latin kings” adoptaron para bautizar a su agregación la misma denominación que usan en Ecuador o en Chicago: nación¹. Pero para mí, lo sorprendente fue descubrir, en los momentos más difíciles de la criminalización estatal y mediática en contra de estos “inmigrantes latinos”, que ellos decidieron armar una alianza con otros pares jóvenes migrantes y llamar a la agrupación de agrupaciones “imperio”. La complejidad del código salta a la vista. El hecho de romper con la etiqueta “pandillas”, y optar por una denominación que apela, por un lado, a los códigos de identificación “nacionales” y, por otro, a un tipo de unidad político cultural de sus integrantes, nos coloca ante la evidencia, no sólo de las estrategias de sobrevivencia que adoptan estos jóvenes inmigrantes en situación de exclusión y criminalización sino, de manera mucho más importante, de la (auto)conciencia del poderío y soberanía de la que se saben portadores, y del convencimiento de que su fuerza de negociación radica en la unión en un “imperio” que reconozca y represente la diversidad de intereses de los jóvenes inmigrantes que hacen parte de este movimiento. Es decir, lo que me parece relevante de este “caso” es su poderosa fuerza analítica para asumir la importancia central de la cultura, como espacio clave para la reconstitución de las identidades y escudo protector frente a la sociedad de acogida.

En el 2001 tuve la oportunidad y el privilegio de ser profesora de Alfonso, un joven inmigrante de familia mexicana que jugó sus cartas al traslado hacia Los Ángeles. Con un español precario, lleno de marcas de su cultura de adopción, Alfonso, alumno asistente durante mi estancia como profesora en la Universidad de Stanford, resultó una pieza clave para introducirme en esa sociedad compleja, multicultural, y al mismo tiempo racista, del norte californiano.

1 Aunque el signo político de este guiño lingüístico adquiere, evidentemente, connotaciones diferentes en ambos contextos. Al interior de las fronteras ecuatorianas, opera como desafío a los límites de la nación; utilizado en España, como ámbito y símbolo de identidad.

niano. Militante de varios movimientos chicanos, y combativo "intelectual orgánico" de estos grupos, Alfonso me abrió un mundo fascinante de resistencias culturales. A mi regreso a México, después de una complicada y difícil estancia en Palo Alto (donde me tocó vivir de cerca el efecto "nacionalista" del pos september eleven), perdí la pista de Alfonso aunque, de vez en vez, algún correo me avisaba de sus andanzas. Lo volví a ver, y a recuperar, a mediados de 2005, en un seminario realizado en la ciudad de México sobre "maras", esas agregaciones juveniles que de El Salvador a Los Ángeles se han convertido en motivo, preocupación y pretexto de la "seguridad nacional" en los Estados Unidos. Lo reencontré como el líder e intelectual que estaba llamado a ser; como activista de "Homies Unidos", una agrupación que busca apoyar a los jóvenes mareros centroamericanos, en un impulso menos misionero y más político.

Pocos meses antes de ese encuentro, convencida de la importancia del tema, yo había iniciado un estudio sobre maras en el que se conjugaban tres aspectos nodales para mi trabajo de investigación: las culturas juveniles, la migración y la violencia. Conversamos durante largos ratos, y confronté con él mis principales supuestos. En las aproximaciones al "fenómeno maras" se discute si su origen está entre los jóvenes inmigrantes a los Estados Unidos o en la propia Centroamérica, donde en casos como el de El Salvador y Guatemala la explicación suele girar en torno a la herencia de los grupos guerrilleros de la región. Pero de todas maneras, me parece que la pregunta relevante no pasa por "aislar" geográficamente (si fuera posible) el origen de estas agrupaciones, en la medida en que el criterio de translocalidad² se ha convertido en un asunto clave tanto para los jóvenes -en este caso- como para el análisis.

El incremento de las actividades violentas y delictivas de estos grupos se produjo entre 1998 y 2003, pero fue a partir de 2003 cuando las maras

(la *Salvatrucha* y la *18*) comenzaron a ocupar de manera espectacular un lugar central en el "imaginario del miedo", y a convertirse en la "nota caliente" favorita de los medios. Es indudable que a esta centralidad mediática contribuyen dos factores: la posición del gobierno estadounidense que los ha declarado "problema de seguridad nacional" y, desde luego, la "diversificación" de sus actividades: venta de protección y traslado de migrantes (centroamericanos, europeos del este, árabes) de Centroamérica a México, en red con grupos mexicanos; control de la ruta fronteriza Guatemala-México (Tecún Uman-Ciudad Hidalgo), a través de "la bestia" o "el tren de la muerte"; posesión de armas de alto calibre y de asalto, entre otras. Sin embargo, y pese a los continuos reportes de los medios, todavía estamos lejos de entender "desde adentro" este acelerado deslizamiento hacia la violencia extrema y la delincuencia de los jóvenes agrupados en maras, pero se trata de un asunto urgente.

De cara a sus dos rasgos fundamentales más aprehensibles, resulta claro que la diseminación "territorial" de la mara, como forma organizativa que opera no sólo transnacionalmente sino, de manera especial, "translocalmente", implica un cambio que no alude sólo a la movilidad de los actores sociales excluidos, que se asemejan poco al "vagabundo" descrito por Bauman (1999) y mucho menos a la figura del "turista global"³, sino que se trata de la emergencia, más allá de las cuestiones identitarias, del "migrante" que, a caballo entre la figura del emigrante y del inmigrante, construye su proyecto de vida en un nomadismo translocal. En su fase actual, la novedad que la mara comporta es la de llevar el territorio a cuestras y su capacidad para establecer vínculos de estabilidad relativa en las localidades donde se instala.

Cabe preguntarse aquí, para efectos analíticos ¿y tal vez, políticos?, quiénes son los actores "locales" que acogen al migrante, que ya no huye, como los exiliados de antaño, de un territorio inseguro, de

2 Entiendo por translocalidad la migración que no se basa en el cruce de fronteras sino en la búsqueda estratégica de llegar a una ciudad particular, sea ésta basada en la geografía nacional o internacional. Y esta distinción me parece clave en estos momentos, porque no se trata tanto de migrar a los Estados Unidos, sino de llegar a Chicago, Red Woods City, Los Ángeles u otra ciudad, por razones que intentaré explicar más adelante.

3 Bauman elabora una doble tipología para referirse al desplazamiento contemporáneo: la figura del *vagabundo*, que transita sin acomodarse, y la del *turista*, que siempre tiene la posibilidad de retorno. A su impecable análisis, y desde la situación de los países periféricos, habría que añadir dos figuras más: la del *nómada translocal*, que sin acomodarse retorna constantemente, y la del *desplazado*, que no tiene la opción de acomodarse dadas las condiciones de expulsión continua que padece y que tampoco puede aspirar a un retorno.

una utopía quebrantada, sino que se instala en un movimiento permanente, hecho de pactos contingentes y peligros constantes, que apela a la idea de una estructura imaginada, en el sentido de Benedict Anderson (1993), de orden superior, que rodea y protege al individuo y que toma cuerpo en la acción, violenta y subversiva. El "Jenja"⁴ existe en algún lado y su poder desciende, vertical, sobre esos cuerpos ocasionalmente sedentarios. Ahí están también "las hainas"⁵, cuya presencia guerrera deviene compañera afectuosa en esa "contingencia estable". Y ahí, en el centro del perpetuo movimiento, los "homies" (compas, hermanos), camaradas que lo mismo cobran las deslealtades que cobijan el desarraigo a la intemperie, en San Salvador, en Tegucigalpa, en Tecún Uman, en Ciudad Hidalgo, en la megalópolis mexicana, en Los Ángeles, San Francisco, Reynosa, Houston: los "homies" son el barrio, la familia, el grupo primigenio y la señal más inteligible de lealtad y pertenencia. Migrantes translocales -la mara no es circunscrible a ningún territorio-, que de tiempo antiguo fueron desechados y que encuentran en ese desarraigo su principal fortaleza.

Cómo pensar, entonces, los "impactos predecibles" de la migración hacia Norteamérica en la constitución de las identidades ¿cuando las evidencias empíricas señalan justamente la enorme dificultad de pensar y asumir que es posible una identidad migrante latinoamericana? En otras palabras, me parece que la pregunta acepta otra formulación, la de los impactos de las múltiples formas y, por ende, identidades "latinoamericanas" en configuración en Norteamérica, y el modo en que éstas desafían nuestros instrumentos para pensar: teorías, conceptos, categorías.

La búsqueda y la disputa

De qué hablamos cuando hablamos de la identidad, se preguntaría tal vez Néstor García Canclini. De qué hablamos cuando hablamos de la posibili-

dad de una identidad translatinoamericana en sus anclajes diversos en el norte. De qué hablamos cuando imaginamos los escenarios futuros de la emigración masiva hacia los Estados Unidos... Por ejemplo, si situamos la discusión entre los migrantes jóvenes hacia los Estados Unidos los datos resultan relevantes. La diferencia en la composición de esta población migrante revela que el grupo más numeroso de jóvenes proviene de México y Centroamérica, siendo los salvadoreños los que componen el grupo más grande de la inmigración centroamericana. El grupo más pequeño es el de los sudamericanos que, según el informe realizado por la CEPAL (2000), presenta mayor "éxito" en la inserción en ese país de adopción.

Pese a que estos datos se refieren a la inmigración de carácter legal, lo que deja fuera la compleja y dramática situación de los llamados "ilegales", los datos analizados por Jorge Martínez Pizarro para el citado documento de la CEPAL no dejan de ser elocuentes. El informe señala que de estos jóvenes inmigrantes la fracción sin logros educativos (es decir, que no alcanzó siquiera a terminar la educación media o secundaria) es mayoritaria (41%), y una cuestión relevante para la discusión que aquí nos ocupa es que los datos sugieren que muchos alcanzaron sus logros educativos en los Estados Unidos. Del conjunto, los mexicanos, salvadoreños y guatemaltecos son los que menor escolaridad alcanzan (apenas un 40% accede a la educación secundaria), mientras que los sudamericanos registran altos índices de escolaridad (un 74% completó al menos la enseñanza secundaria y, de ellos, casi un 60% alcanza la educación superior). Siempre de acuerdo a esta fuente, los jóvenes que provienen del Caribe registran menores condiciones de vulnerabilidad. Entre los cubanos que alcanzaron logros educativos, casi un 60% declaró al menos un grado universitario; los haitianos, en cambio, con similares proporciones de logros universitarios que los cubanos, registraron un mayor tiempo de residencia en los

4 Jefe máximo de la mara, por arriba de los jefes estatales y locales.

5 Mujeres de la mara.

Estados Unidos; los dominicanos, por su parte, compartirían una situación similar a la de los centroamericanos.

A partir de los datos de la Encuesta de Población en Estados Unidos (1997), la CEPAL indica que de la población total de inmigrantes de origen latinoamericano y caribeño un 27% vive en condiciones de pobreza; entre los mexicanos el índice era superior (34%), seguido por los centroamericanos y caribeños. Entre los sudamericanos se advertía una menor incidencia (15%) y presentaban una situación similar a la de los inmigrantes procedentes de otras regiones del mundo (Europa, Asia y África). Lo relevante aquí es que los índices resultaron sistemáticamente mayores para los jóvenes, aunque seguían las tendencias señaladas respecto del origen de los inmigrantes. Esto no resulta sorprendente si atendemos a los Informes sobre Desarrollo Humano que realiza el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que han venido señalando que la pobreza entre los jóvenes latinoamericanos y caribeños sobrepasa en todos los casos los promedios nacionales: a menor edad mayor pobreza.

Si bien las estadísticas son mapas gruesos que no detectan las sutilezas ni los efectos en la vida cotidiana de la gente, son importantes guías de carácter heurístico para otorgarle al análisis un mayor espesor y alcance. Si se articulan los datos sobre los inmigrantes jóvenes de origen latinoamericano y caribeño en los Estados Unidos, con el quiebre de las instituciones y el vaciamiento de la política (Reguillo, 2000) en los diferentes países de la región, es posible afirmar que el movimiento migratorio, más allá de su signo epocal, está directamente vinculado a la exclusión creciente que experimentan (y padecen) millones de jóvenes en el continente. La persecución itinerante del "american dream" pasa hoy por lo que voy a atreverme a llamar "la huida hacia atrás", en el sentido de que no se trata ya -si alguna vez se trató- de la persecución de un sueño, sino del escape de condiciones insostenibles y de la

búsqueda de opciones viables para la sobrevivencia. En la mayor parte de los casos, la búsqueda de "mejores condiciones de vida" no se traduce, como lo muestran los datos descriptos más arriba, en la conquista de una mejor situación sino en la prolongación de un estado de cosas que tiene su origen en la imbricación de tres complicados procesos:

- El repliegue del Estado en lo que toca a su responsabilidad social
- El fortalecimiento de la economía de mercado
- La expropiación de la noción de futuro a las generaciones nacidas a partir de la década del ochenta.

Desde luego, se trata de procesos de carácter global que no son privativos de América Latina, pero es indudable que el efecto de estos tres fenómenos asociados provoca en el continente una situación que no sólo ayuda a entender el incremento en los flujos migratorios sino que explica el desencanto y la incertidumbre en que viven nuestros jóvenes. Si asumimos -con precaución- lo que las ciencias sociales más tradicionales nos aportan como principales mapas analíticos, la respuesta frente a este panorama sería, al menos, la problematización y la duda frente a la idea de una identidad poslatinoamericana en los territorios de la migración, como enclave monolítico de una identidad referida, de manera clásica, a lo étnico, lo lingüístico y lo nacional. Las tensiones desbordan cualquier intento de circunscribir el futuro a un mapa estable y homogéneo. Y por ello considero que la introducción de los plurales "migraciones", "sures" y "nortes" resulta fundamental para colocarnos en posición de imaginar el tamaño del desafío.

En este sentido, y de manera indudable, las marchas latinas de 2006 en los Estados Unidos son un indicio de que más allá de las diferencias nacionales, de género y de edad hay posibilidades de imaginar una comunidad de identificación política posnacional o posregional. Sin embargo, considero que estas fuertes expresiones, que no logran salir de su condición contingente y puntual, son insuficientes para

responder a la pregunta por la posibilidad de una especie de panlatinoamericanismo en el norte, capaz de hacerse cargo de los múltiples, enormes y desiguales problemas y diversidades identitarias de los inmigrantes en los Estados Unidos.

Indudablemente, hay cuestiones que sabemos y que no pueden desestimarse en términos de la articulación de identidades diversas. Por ejemplo, la llamada "etnización" de algunas ciudades, y especialmente algunos barrios estadounidenses (Dávila, 2005; Villa, 2005), es decir, el impacto de la migración en el espacio construido y lo que eso significa en términos de socialidad; la mexicanización acelerada de ciudades pequeñas, como Red Woods City, en California, conviviendo en los linderos de ciudades-barrios extremadamente blancos, como Ather-ton, lo que incrementa el conflicto y exacerba el amurallamiento, situación impecablemente documentada por Kristen Hill Maher (2005) o por Teresa Caldeira (2000). Están también el arte y la literatura, como espacios claves de interacción cultural (García Canclini, 1997; Valenzuela Arce, 1997), y algo por documentar de manera más profunda: la composición del ejército estadounidense y las ofertas de "ciudadanía fast track" a muchos jóvenes migrantes (Reguillo, 2004). Pero me parece que estos espacios, problemas y lógicas diversas, e incluso contrapuestas, no logran articular lo que considero uno de los temas cruciales de cara a la inmigración latinoamericana a Estados Unidos: la construcción de una identificación política; es decir, cómo pasar de la comunidad centrada en lo étnico o nacional a una comunidad política, sustentada en la ciudadanía.

¿Qué es lo anglosajón? O la importancia de "llamarse Samuel"

En este contexto, introducir la pregunta por el discurso anglosajón, que conforme a lo que he venido planteando no es unívoco ni homogéneo, resulta complicado. Para efectos analíticos, tomo un

caso que -desde esta geografía- considero "ejemplar" para tratar de imaginar escenarios futuros, y que al mismo tiempo refleja o condensa la tendencia generalizada y dominante para interpretar -desde ciertas posiciones de poder- lo "inmigrante". Me refiero, casi por supuesto, al libro de Samuel Huntington *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense* (2004) y a una de las principales características de su pensamiento: el rechazo a cualquier forma de disenso con respecto a las verdades que establece. De talante autoritario, estas verdades suelen autoerigirse como proclamas universales a salvo de la crítica o de la prueba empírica. Sus premisas adquieren el estatuto de *profecías* que, al instalarse en el sentido común, comportan fuertes dosis de disciplinamiento social, al tiempo que operan, de manera ambigua, en un territorio que no admite argumentación.

En el verano de 1993, la revista *Foreign Affairs* publicó un artículo que desató una intensa polémica: "The clash of civilizations", del profesor de Harvard Samuel P. Huntington. Tres años después el texto se convertiría en un libro igualmente polémico: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. A contravía de la atmósfera epocal, en la que se celebraba el advenimiento de la cultura universal que traía aparejada la globalización, la tesis central de Huntington vaticinaba la agudización de los conflictos centrados en factores de tipo cultural en vez de factores económicos. Inscrito en la línea de las *profecías contemporáneas*, inaugurada por Francis Fukuyama con *El fin de la historia*, el libro del profesor de Harvard sufrió rápidamente el destino que suelen enfrentar los libros con tesis de alto impacto: todos los citan, pero muy pocos los leen. Así, el *choque de civilizaciones* se convirtió en una especie de estribillo o cita fácil para aludir principalmente al enfrentamiento entre *Occidente* y *Oriente*. Pero al igual que pasó con el libro de Fukuyama, y la saga de los innumerables *finés de algo* que desató, los planteamientos más

preocupantes del profesor Huntington fueron invisibilizados por las retóricas más efectistas que encontraban en la expresión *choque de civilizaciones* los ecos anticipados de los tambores de guerra.

Se debatió poco⁶ el concepto de civilización manejado por Huntington, y mucho menos los cortes o límites que construye para organizar su mapa de *civilizaciones*. Pero más allá de discutir las falacias o los grados de verosimilitud de sus planteamientos⁷, lo que aquí llamaré *efecto Huntington* y las fuentes de prestigio que logro identificar en su enunciación permiten acercarse a un núcleo de problematizaciones en torno a cierto discurso anglosajón. Y seguramente, el primer elemento de *prestigio*, el pensamiento metropolitano⁸, permite colocar la pregunta en torno a la agudización de los desniveles -que los discursos celebratorios de la globalización ocultan- entre los focos de irradiación y circuitos de circulación que visibilizan los temas, tonos, validez y sus consecuentes efectos de poder-hacer-ver en el *espacio público expandido*⁹. Las narrativas dominantes provienen de centros consagrados que logran, no sin resistencia, configurarse no sólo como *temas* sino como *agendas* que marcan, definen, nombran y dan orden al conjunto de representaciones-discusiones, imaginarios-prácticas que le dan al presente un sentido y una dirección. Asumir este asunto, de una manera no fatalista, implica pensar cuál es el margen de maniobra del pensamiento crítico y cuáles sus posibilidades de acceder al espacio público con sus narrativas de contestación en pos de unas políticas capaces de contrarrestar las representaciones dominantes.

En esta línea, y continuando con el analizador Huntington, cuando a principios de 2004 publicó en un artículo un pequeño adelanto de su nueva proclama a la identidad estadounidense, y su visión en torno a lo latino-mexicano como amenaza al orden WASP¹⁰, se desató en México una polémica liderada por *Letras Libres*, que dedicó su edición de abril para debatir y contra-argumentar sus postula-

dos. El desnivel en los circuitos de circulación de este *debate* es evidente. El aparato editorial que respalda a Huntington (el grupo Paidós para la edición en castellano y el grupo Simon & Schuster para la edición en inglés) y la serie de programas y entrevistas que han colocado sus argumentos en primer plano de visibilidad, además de fortalecer su lugar de enunciación y garantizar un impacto (capilar) de mercado, operan como una eficiente maquinaria que produce visibilidad, credibilidad y lo más importante: *agenda*¹¹ para el debate.

Lo que quiero decir con esto es que el poder en cascada que emana de los lugares de enunciación sostenidos por el poder intermediario y productivo de las industrias culturales debilita las posibilidades de colocar -en condiciones equitativas- los discursos, imaginarios y narrativas *alternas*. En una imagen, *la posición Huntington* coloca el debate sabiendo de antemano que sus impugnadores tendrán escasas posibilidades de contrarrestar su discurso. Los intelectuales críticos son empujados al silencio y la inutilidad: por ejemplo, Noam Chomsky y Susan Sontag (en su momento), que también encarnan lo "anglosajón" desde otras perspectivas y lugares históricos, son invalidados *a priori* y expulsados por una geopolítica neoliberal que los utiliza como *nota de pie de página* ya que, en palabras de Luc Boltansky y Eve Chiapello (2002), el nuevo espíritu del capitalismo "necesita la ayuda de sus enemigos, de aquellos a quienes indigna y se oponen a él, para encontrar los puntos de apoyo morales que le faltan e incorporar dispositivos de justicia...". *Voz en off*, el contrapunto -necesario- que ejerce la crítica, es la ratificación iterativa de la *nobleza democrática* del proyecto neoliberal que en su magnanimidad *tolera* e incorpora disidencias. Pero lo que interesa aquí es la posibilidad de tocar el *sensorium* social que, a la manera benjaminiana, es configurado y al tiempo es configurador de representaciones capaces de elevarse a rango de *saberes* orientadores, legitimados, capilares.

6 En un texto reciente, Fernando Mires, con la agudeza y densidad que lo caracterizan, formula en unos cuantos párrafos una crítica sólida (y demoledora) a la noción de cultura manejada por Huntington y su errónea visión en torno a la pretendida *homogeneidad cultural* de Occidente. Disponible en http://www.nuevasoc.org.ve/upload/anexos/foro_450.pdf

7 Que ahora, en su nueva profecía (2004), en la que trata de *esclarecer el pasado*, la emprende contra los latinos, y especialmente contra los mexicanos vecindados en los Estados Unidos, argumentando que las fuentes nutricias de la identidad estadounidense provienen de los primeros colonos, y su terapia es un canto celebratorio a la explosión de brotes patrioterpos pos september eleven, como la proliferación de la bandera en tanto símbolo inequívoco del regreso de la Patria.

8 Ampliamente estudiado por la crítica Nelly Richard (2002).

9 He venido utilizando esta expresión para aludir a la esfera globalizada del espacio público, que coloca a escala planetaria un conjunto de representaciones nodales orientadoras (Reguillo, 2002).

10 WASP: siglas en inglés de blanco, anglosajón y protestante (aclaración del editor).

11 Para entender estos mecanismos, me parece fundamental establecer la diferencia política entre tema y agenda: todas las agendas se sustentan en temas, pero no todos los temas logran transformarse en agenda.

En la profecía neoconservadora de Huntington, en tensión crispada con las lógicas de sostenimiento del neoliberalismo, los otros, los diferentes, los llegados, “están sin duda evolucionando, ayudados por la difusión del protestantismo evangélico, (pero) es improbable que esa revolución (cultural) esté pronto terminada”, a lo que añade: “Mientras tanto, el elevado nivel de inmigración procedente de México sustenta y refuerza entre los mexicano-americanos los valores mexicanos que constituyen la fuente primaria de su **rezagado**¹² progreso educativo y económico y de su asimilación a la sociedad estadounidense”¹³. Así, *rezago* y *asimilación*, *atraso* y *progreso*, *el bien* y *el mal*, re-emergen en los horizontes del orden neoliberal como categorías incómodas de una matriz civilizatoria que no logra romper con su vocación etnocéntrica, para repartir *etiquetas* que regresan sobre los sistemas de clasificación que establecen la diferencia entre civilización y barbarie.

Si los autoritarismos temerosos y sus dispositivos de enunciación, tan en boga desde el quiebre que representan los acontecimientos terroristas de 2001, configuran un saber sustentado en un poder, se abre a mi juicio una interesante pregunta en torno a la relación compleja y contradictoria entre neoconservadurismo y neoliberalismo en los Estados Unidos (y en el mundo). Es decir, cómo se concilian ambos *regímenes*, si el segundo apela al individuo, a la deslocalización de las identidades y a la desregulación, mientras que el primero apela fuertemente a la comunidad y a la esencialización (territorial y simbólica de las identidades). La paradoja, y los interrogantes que de ella se derivan, reside en que en el escenario abierto por el neoliberalismo en el contexto de la globalización coexisten fuerzas divergentes pero igualmente poderosas.

Finalmente, no puedo resistir la tentación de citar, aunque de manera breve, otro caso “ejemplar” que marca el territorio crítico en el que necesariamente hay que colocar la discusión en torno a los

discursos sobre la migración. Me refiero al muro fronterizo entre México y Estados Unidos, que ha sido ampliamente celebrado por las milicias de “Minuteman Project”, la agrupación anti-inmigrante más visible en este momento. Lo que quisiera señalar aquí, a reserva de un análisis posterior más detallado, es la participación de latinos en ese espacio y su adopción de un discurso xenófobo y de corte fascista. Para dar una idea, muestro aquí los “simpatéticos” logotipos de estas milicias, lideradas por Jim Gilchrist.



Poco después de las grandes marchas de inmigrantes en los Estados Unidos, en el “Show de Cristina” (Saralegui), transmitido por Univisión, se discutió acaloradamente sobre los efectos de la migración latinoamericana, el problema de los ilegales y la defensa de las fronteras norteamericanas. En este talk show, el más visto en los Estados Unidos (con una audiencia calculada en 14 millones), participó por parte de los “Minuteman” Raymond Herrera¹⁴, vocero en español de la organización. Este descendiente de mexicanos, está convencido al extremo de que la inmigración mexicana debe ser detenida y su argumento es que ellos están “destruyendo nuestra gran nación”. Con un acento más propio de Bush, Herrera se dedicó a denostar a los mexicanos, a los hispanos, a los latinoamericanos, sus valores, su cultura y su necia resistencia a vivir “la vida de los anglos”, afirmando que “la gente de México son como pollitos sin cabeza, tienen machismo, que bueno, que se van a ir pa’ atrás”.

Otro personaje interesante es Lupe Moreno, una mexicoamericana nacida en Redding, California, que decidió unirse a un grupo de voluntarios vi-

12 La negrita es mía.

13 A Huntington le parece suficiente evidencia de este “rezago” el hecho de que en 1998 “José reemplazó a Michael como nombre más popular entre los niños recién nacidos tanto de California como de Texas”, por lo que tal vez podríamos titular este apartado como “La importancia de llamarse Michael”.

14 Una versión sintética de la emisión de este programa está disponible en <http://www.minutemanproject.com/default.asp?contentID=99>

gilantes de "Minuteman Project", para patrullar unas 20 millas del desierto de Arizona, en el Valle de San Pedro, a fin de denunciar a los inmigrantes con la Patrulla Fronteriza. "Nunca conocí a un ilegal que no me pidiera que mintiera por él. Ayúdame con esto, ayúdame con lo otro. Pero es contra la ley", comenta amargamente. Era la California de los 90, y estaba en auge el debate de la Proposición 187, una iniciativa popular que buscaba bloquear desde la educación primaria hasta los servicios para indocumentados. "Ahí estaban mis líderes hispanos, mintiendo sobre la inmigración ilegal", dice Moreno, que en las pasadas elecciones fue candidata al Senado por el distrito 34. Su activismo es ampliamente reconocido por los líderes de "Minuteman Project". Desde hace 14 años se la pasa viajando de Sacramento hasta Washington para testificar en contra de leyes, por ejemplo, para que los indocumentados no puedan estudiar en este país. "Mi país no está haciendo nada por mis hijos, porque lo está haciendo por los ilegales", afirma Lupe¹⁵.

Más allá del espectáculo implicado en el caso de Herrera, y de lo personal de la cruzada de Moreno, lo que estos analizadores permiten es, justamente, darle al rango de la pregunta por la migración una mayor amplitud y plantear que los valores, las ideas y las doxas, repetidas machacona y tramposamente por Huntington y otros anglos, tienen un efecto capilar que "norteamericaniza" a muchos latinoamericanos avecindados en el norte (y en el sur). Y quisiera enfatizar, entonces, que lo que he intentado plantear hasta aquí si bien se debate en el territorio de las "identidades" lo desborda con mucho. Encuentro que la mejor manera de encarar el desafío es colocar en el centro del debate la cuestión de la disputa por el proyecto societal, de países, naciones, comunidades, tanto en los nortes, como en los sures. Ahí se juega de fondo el destino emergente de identificaciones políticas que en mayor o menor desventaja deberán configurar un espacio distinto para el reconocimiento, para la inclusión.

Bibliografía

- ANDERSON, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- BAUMAN, Z. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2005.
- _____ *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.
- CALDEIRA, T. *City of Walls: crime, segregation, and citizenship in São Paulo*, University of California Press, Berkeley, 2000.
- CEPAL. *Adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y desafíos en el comienzo de un nuevo siglo*, Serie Población y Desarrollo N° 9, Santiago de Chile, CEPAL/CELADE/OIJ, 2000.
- DAVILA, A. "Un barrio para el mercado: latinidad comercial en el East Harlem de Nueva Cork", en Reguillo, R. y Godoy, M. (eds.). *Ciudades translocales: espacios, flujos, representación. Perspectivas desde Las Américas*, ITESO/SSRC, Guadalajara, 2005.
- GARCIA CANCLINI, N. "Arte desurbanizado, desinstalaciones fronterizas", en Catálogo de la *Exposición InSITE*, Tijuana, 1997.
- HILL MAHER, K. "Trabajadores y extraños. La economía del servicio doméstico y el panorama del miedo suburbano", en Reguillo, R. y Godoy, M. (eds.). *Ciudades translocales: espacios, flujos, representación. Perspectivas desde Las Américas*, ITESO/SSRC, Guadalajara, 2005.
- HUNTINGTON, S.P. *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense*, Paidós, México, 2004.
- MARTINEZ PIZARRO, J. *Migración Internacional de jóvenes latinoamericanos y caribeños. Protagonismo y vulnerabilidad*, Serie Población y Desarrollo N° 3, CEPAL, Santiago de Chile, 2000.

15 Ver al respecto la entrevista publicada en <http://informativotx.com/blog/2006/05/>

- REGUILLO, R. "La performatividad de las culturas juveniles", en *Estudios de Juventud* N° 64, Instituto de la Juventud (INJUVE), Madrid, marzo de 2004 (Disponible en <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.downloadatt.action?id=19534716>).
- _____ "El otro antropológico. Poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada", en *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura* N° 29, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2002.
- _____ *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles*, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, Norma, Buenos Aires, 2000.
- RICHARD, N. "Saberes académicos y reflexión crítica en América Latina, mediación", en MATO, D. (coord.). *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, CLACSO/CE-S/UCV, Caracas, 2002.
- VALENZUELA ARCE, J.M. "Refracciones culturales", en Catálogo de la *Exposición InSITE*, Tijuana, 1997.
- VILLA, R.H. "El derecho a la ciudad en Los Ángeles", en Reguillo, R. y Godoy, M. (eds.). *Ciudades translocales: espacios, flujos, representación. Perspectivas desde Las Américas*, ITESO/SSRC, Guadalajara, 2005.